

AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
**Volumen 15
Número 2**

Mayo - Agosto 2020
Pp. 331 - 356

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

**Saberes en movimiento. Reciprocidad,
co-presencia, análisis colectivo y autoridad
compartida en investigación**

Alberto Arribas Lozano

Department of Sociology, Maynooth University, Marie Skłodowska-Curie
Actions - IRC Caroline Fellow¹

Recibido: 26.02.2018

Aceptado: 05.10.2018

DOI: 10.11156/aibr.150207



RESUMEN

Este artículo reflexiona sobre la investigación colaborativa con movimientos sociales, explorando qué implica investigar con sujetos reflexivos —comunidades epistémicas— que desarrollan sus propias prácticas de investigación, que tienen sus propios mecanismos paraetnográficos de producción y sistematización de conocimiento. ¿Cómo se modifica el trabajo de campo en estos casos? ¿Cómo se transforma el papel del investigador o investigadora académicos? ¿Es posible articular proyectos que logren ser relevantes tanto para la academia como para los sujetos-comunidades con quienes trabajamos? Basándome en mi propia experiencia de investigación, discutiré dos elementos —dos líneas de tensión— centrales en el trabajo colaborativo: la cuestión del poder en la relación de investigación, la simetría o asimetría —la jerarquización— entre los distintos actores; y, en segundo lugar, la discusión en torno a la autonomía del investigador o investigadora. Frente a estos dos desafíos, el artículo propone construir lógicas de co-presencia, análisis colectivo y autoridad compartida con nuestros sujetos de investigación/co-laboradores.

PALABRAS CLAVE

Investigación colaborativa, movimientos sociales, paraetnografía, comunidades epistémicas, coanálisis.

KNOWLEDGE IN MOTION. RECIPROCITY, CO-PRESENCE, COLLECTIVE ANALYSIS AND SHARED AUTHORITY IN RESEARCH

ABSTRACT

This article reflects on the praxis of collaborative research with social movements, taken here as reflexive/epistemic communities that develop their own para-ethnographic knowledge-practices. What does it entail to do research with subjects that conceive and conduct research as a key dimension of their political praxis? How does this affect the ethnographic encounter? How does it modify fieldwork? Drawing on my own research experience with social movement networks, I will discuss two challenges in collaborative research: a) the question of power, the (a)symmetry — the hierarchy — among actors; and, b) the concerns regarding the analytical autonomy of scholars. Within this framework, the article will advocate for establishing logics of co-presence and shared authority with our co-researchers.

KEY WORDS

Collaborative research, social movements, para-ethnography, epistemic communities, co-analysis.

1. Proyecto financiado por el Irish Research Council y por el programa Horizonte 2020 de Investigación e Innovación de la Unión Europea (Marie Skłodowska-Curie grant agreement No. 713279).

Agradecimientos

Todo texto es una creación colectiva, y en este caso me gustaría agradecer las críticas y los comentarios recibidos a diferentes versiones de este artículo en el marco del proyecto I+D+I «Procesos emergentes y agencias del común: praxis de la investigación social colaborativa y nuevas formas de subjetivación política» (CSO2014-56960-P), en el que participé como investigador asociado.

Introducción

21 de abril de 2010, entrevista con Nico², Oficina de Derecho Sociales - ODS de Málaga³:

[Venimos de] una línea de movimientos sociales reflexivos, que no solo agitan y agitan, y tiran consignas, sino que se detienen a pensar cómo están funcionando los dispositivos, cuál es el territorio donde se inserta ese colectivo, cómo se declinan las grandes consignas del neoliberalismo, la crisis del estado de bienestar o la precarización, cómo operan de una manera muy concreta en el territorio.

9 de junio de 2010, entrevista con Mario, ODS de Carabanchel, Madrid:

Este sábado tenemos el taller sobre la crisis⁴, el taller final. Hicimos un proceso ya desde 2008, en el que cada ODS [los nodos de Madrid] tenía que hacer entrevistas a gente sobre la crisis, entrevistas en vídeo, y luego hacíamos talleres con esos vídeos, ahí recogíamos información y con eso estamos elaborando un manifiesto sobre la crisis, gente pensando en la crisis. Ese manifiesto lo estamos discutiendo en las diferentes ODS, y el sábado es el taller final. En octubre o noviembre podremos sacar el manifiesto hacia fuera. Pero ya te digo, han sido dos años con metodología bastante participativa, en las entrevistas todo el

2. Los nombres de los y las activistas citados en el artículo son reales, así se acordó en el marco de la investigación.

3. La Red de Oficinas de Derechos Sociales, que ya no existe, la componían en ese momento diez nodos en siete ciudades: ODS de Sevilla, Centro Vecinal Pumarejo; ODS de Málaga, La Casa Invisible; Grupo de Migraciones y Precariedad, ODS de Pamplona/Iruña; Red de Apoyo a Sin Papeles de Zaragoza; ODS de Terrassa, Ateneu Candela; ODS EXIT, Barcelona; y en Madrid: ODS del Patio Maravillas, ODS Carabanchel, ODS del Centro Social Seco, y Asociación de Sin Papeles de Madrid.

4. Se refiere a la crisis desplegada a partir del año 2008, que en el caso español es simultáneamente económica, política, social e institucional. Una crisis, también, de imaginación política, que afectaba a los propios movimientos sociales, y que hizo que la acción colectiva atravesara un *impasse* que se extendería hasta la emergencia en la primavera de 2011 de acontecimiento/movimiento 15M.

mundo ha cogido la cámara, se han hecho entrevistas unos a otros... Y lo de crisis es un ejemplo, es lo que tenemos ahora más trabajado, han sido casi tres años entre una cosa y otra: haces entrevistas, lo grabas, lo montas, lo enseñas, al enseñarlo haces un taller con la gente que lo ve, en el taller recogemos todas las notas, luego las discutimos otra vez, o sea, que es bastante... que sí que hay un proceso. Lo que hagamos tiene que ser muy masticado, muy masticado.

Entre 2008 y 2012 desarrollé el trabajo de campo de una investigación que exploraba cómo y por qué los movimientos sociales estaban redefiniendo sus imaginarios políticos, sus narrativas, modelos organizativos y repertorios de acción. Quería observar cómo la praxis activista se transformaba, cómo estaba siendo reimaginada, recreada, mapear sus continuidades y discontinuidades; ¿qué nuevas subjetividades, discursos y prácticas se iban tejiendo al interior de los movimientos?, ¿cuáles eran las *formas de lo común* que estaban por venir?

En este sentido, mi trabajo era un ejercicio de anticipación analítica de procesos que estaban en construcción, aún por definir, situándose así entre la *antropología del futuro cercano* (Rabinow, 2016) y la *sociología de las emergencias* (Santos, 2006). Me interesaba también, y ahí se centra en gran medida este artículo, pensar la dimensión metodológica: ¿qué instrumentos/tecnologías de percepción y análisis permiten dar cuenta de procesos emergentes?, ¿qué herramientas —y qué disposición, cuerpo, velocidad, distancia— nos demandan estas situaciones de investigación?

Realicé mi proyecto con la Red de Oficinas de Derechos Sociales (ODS), una red difusa —enredada en una ecología de redes de centros sociales, dispositivos de autoformación, librerías asociativas, etc.— que buscaba catalizar y acompañar procesos colectivos de autoorganización contra la precariedad/precarización⁵, y construir alianzas (y más allá, lo que denominaban una *política mestiza*) entre el «precariado autóctono» y el «precariado migrante», es decir, «*entre quienes estaban dejando de ser ciudadanos/as y quienes no llegaban a serlo*» (Santos, 2006: 180).

Decidí trabajar con esta red por dos razones. En primer lugar, los y las activistas que conformaban las ODS compartían el deseo y la determinación de repensar críticamente y reconfigurar sus propias prácticas políticas. Más adelante desarrollaré esta idea. En segundo lugar, y esta es la dimensión clave en este texto —aunque ambas dimensiones están relacionadas—, por la centralidad que las prácticas de pensamiento colectivo, investigación militante y producción de conocimiento tenían para esta comunidad de activistas que era a la vez una comunidad epistémica, un

5. Para un análisis detallado del trabajo de la red, mi tesis doctoral está disponible en el repositorio institucional de la Universidad de Granada: <http://hdl.handle.net/10481/34050>.

laboratorio de aprendizajes que compartía preguntas, metodologías, nociones comunes y referentes teóricos.

Este segundo hilo me va a permitir reflexionar sobre los desafíos que conlleva hacer investigación con sujetos —comunidades reflexivas— que entienden y ponen en marcha proyectos/procesos de investigación, tomada en sentido amplio, como un elemento fundamental de sus prácticas cotidianas. Así, en la segunda parte del artículo plantearé dos elementos —dos líneas de tensión— centrales en el trabajo con este tipo de actores: la cuestión del poder en la relación de investigación, la simetría o asimetría entre los distintos actores; y la discusión en torno al desplazamiento —el descentramiento— y al riesgo de pérdida de autonomía del investigador o investigadora.

Investigación militante y conocimiento situado

La literatura académica señala el papel de los *movimientos sociales* como espacios de experimentación —laboratorios culturales— en los que «*se plantean nuevos problemas y preguntas, y en los que se inventan y ensayan nuevas respuestas*» (Melucci, 1989: 208). La noción de «prácticas-de-conocimiento» ha subrayado el trabajo intelectual que despliegan los y las activistas para «*analizar, imaginar y desarrollar nuevas formas de conocer y de estar en el mundo*» (Casas-Cortés, Osterweil y Powell, 2008: 28). También se ha enfatizado el impacto que tiene la «praxis cognitiva» (Eyerman y Jamison, 1991) de los movimientos sociales en la generación de conocimiento experto, haciendo posible el desarrollo de saberes técnicos y científicos alternativos. De manera similar, Laurence Cox (2014) ha venido reflexionando sobre las implicaciones que las innovaciones teóricas, epistémicas y metodológicas producidas desde los movimientos sociales tienen para nuestras prácticas de investigación; y en ese sentido, nos propone articular espacios de diálogo —poner nuestros saberes a conversar con los saberes de los movimientos— como una manera de alimentar la creatividad y relevancia de nuestro propio trabajo. En la misma línea, Arturo Escobar planteaba que la investigación de algo tan complejo y heterogéneo como los movimientos sociales contemporáneos podría profundizar la autocrítica de nuestras disciplinas, teniendo implicaciones para el trabajo de campo y para la dimensión política de la escritura etnográfica —para quién escribimos y cómo—, y generando cuestionamientos epistémicos y metodológicos que abrieran cruces innovadores entre teoría y práctica, conocimiento y acción (Escobar, 1992: 419).

Esto no significa que las «prácticas-de-conocimiento» sean centrales para todos los movimientos sociales, ni que las redes que operan como

comunidades epistémicas se centren únicamente en el trabajo cognitivo; el activismo político es multidimensional: pensamiento, afectos y acción se entrelazan en la praxis cotidiana. Lo que es interesante pensar aquí es cómo esta concepción de los movimientos como productores de saberes expertos problematiza las lógicas académicas de validación/jerarquización del conocimiento (qué saberes cuentan, y con quién y desde dónde pensamos), y hace insostenible la ficción que presenta al académico o académica como único actor dotado de la autoridad, conocimientos y tecnologías —la «*expertise*»— necesarios para el análisis complejo de la realidad social.

Hablando sobre el proyecto que abría el artículo —*gente pensando en la crisis*— Mario comentaba que una característica de esta red era justamente «*ese espíritu de compartir saberes y de siempre estar pensando en lo que hace a través de la pregunta y la investigación*» [entrevista, 9 de junio de 2010]. De la misma manera, Bea, de la ODS de Seco, en Madrid, insistía en la importancia de los procesos de formación e investigación desde los movimientos:

Es como la obsesión de entender lo que está pasando para que la realidad no nos supere, perseguir la realidad de cerca para entender y poder intervenir mejor. Y eso es fundamental, si no seguimos la pista bien a la realidad y no entendemos por dónde están pasando las cosas... la realidad siempre nos va a echar, ¿no?, nuestras hipótesis políticas y nuestra intervención política van a ser en balde porque vamos a estar poniendo fuerzas donde no tiene interés [entrevista, 10 de junio de 2010].

El énfasis en hacer política a partir de una lectura situada de la realidad era un elemento común de la red. Para Nico se trataba de una dimensión, un gesto reflexivo, que es «*muy importante para no hablar de crisis en genérico, para no hablar de precariedad en genérico, sino ver cómo se declinan de forma puntual*» en los espacios en los que se encontraban las ODS [entrevista, 21 de abril de 2010]. Desde esa mirada se había articulado por ejemplo el proyecto de investigación-acción «*Otra Málaga. Precariedad, inmigración y especulación en el territorio que habitamos*», realizado desde Precarios/as en Movimiento, uno de los grupos que acabarían conformando la ODS de esa ciudad, y que buscaba «*abrir un espacio de razonamiento, análisis, hacerle entrevistas a determinados sujetos de la ciudad*» para entender de manera más afinada y compleja cómo afectaban en lo concreto, en los barrios de la ciudad, los recortes presupuestarios, los cambios en las políticas sociales, qué conflictos se estaban produciendo, para desde ahí (re)pensar y redefinir las prácticas, las alianzas, etc.

El proyecto «Otra Málaga» se inició en 2004, siguiendo la estela de *A la deriva. Por los circuitos de la precariedad femenina*, libro publicado ese mismo año y que era el resultado de un proceso de coinvestigación desarrollado por el colectivo Precarias a la Deriva, varias de cuyas integrantes formaron parte más adelante de los dispositivos que componían la red de ODS. En el año 2004 se publicó también —en la misma editorial, Traficantes de Sueños, creada al interior de estas redes— el libro *Nociones comunes: experiencias y ensayos entre investigación y militancia*, que reflexionaba sobre la relación entre teoría y práctica, entre el pensamiento colectivo y la redefinición de las *formas de hacer* política, a partir del relato de diferentes iniciativas de investigación militante desplegadas desde los movimientos sociales. En 2007 se publicaron el libro, la cartografía y el DVD que nacían a partir del proyecto «Otra Málaga». El mismo año se publicó *Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*, un trabajo del Observatorio Metropolitano, otro de los dispositivos de investigación que integraban esta ecología de redes de movimiento de la que las ODS formaban parte.

Estos ejemplos (y otros similares que funcionaban desde las mismas coordenadas) estaban unidos por —y daban cuerpo a— el intento de construir circuitos virtuosos entre pensamiento y acción: tejer reflexiones colectivas desde y sobre la práctica que sean herramientas para crear, transformar y multiplicar las prácticas (y las reflexiones futuras). Ese impulso conformó a lo largo de los años un amplio circuito de reflexiones compartidas, producción y publicación de textos, organización de encuentros, cursos y talleres —sobre derechos sociales, migraciones y fronteras, cuidados, cultura libre, procomún, feminismos, precariedad, crisis—, así como una multitud de iniciativas de coinvestigación. La mayoría de los y las integrantes de las ODS con quienes trabajé en mi proyecto formaban parte además de algunos de los espacios de autoformación e investigación militante creados en la última década en nuestro territorio: Precarias a la Deriva, Nociones Comunes, Grupo de Estudios A Zofra, Observatorio Metropolitano, o Universidad Nómada, entre otras.

Esta tarea de producción y circulación de saberes/prácticas-de-conocimiento desde los movimientos continúa activa; es imposible dar cuenta de todo el trabajo producido a lo largo de los últimos años en y desde estas redes⁶. Lo importante es entender la centralidad que esta dimensión tenía dentro de la práctica política, pensar estas comunidades como laboratorios de aprendizajes colectivos, saberes que —por definición— van a

6. La red de ODS ya no existe como tal; sin embargo, la mayoría de los dispositivos (centros sociales, librerías asociativas, espacios de formación e investigación, etc.) que componían la red conforman hoy la Fundación de los Comunes (<https://fundaciondeloscomunes.net/>).

estar siempre abiertos, siempre en construcción, *en movimiento*, y cuya utilidad depende de su capacidad para dar cuerpo a nuevas experimentaciones o para aumentar la potencia de las ya existentes. ¿Por qué era tan importante esta faceta?, ¿cómo se había llegado a ese deseo y esa voluntad de trabajar *desde la pregunta y la investigación*?

Trayectoria de la red

En su entrevista, Luis, integrante del nodo de Pamplona/Iruña, planteaba:

El proceso de construcción de la ODS ha sido en buena parte un proceso de insatisfacción y fuga, o de insatisfacción y avance, insatisfacción y búsqueda de soluciones distintas. [...] Así se van acumulando formas de trabajar y soluciones que son experimentales, que no tienen un modelo común, que son innovadoras y que se basan en el ensayo y el error (entrevista, 6 de octubre de 2010).

La red de ODS se creó como proyecto al interior de comunidades activistas que llevaban más de una década trabajando juntas; que se habían ido construyendo a través de un conjunto amplio de encuentros, prácticas, afectos, preguntas y sentidos compartidos desde la segunda mitad de la década de 1990; y que estaban inmersas en un proceso colectivo de reflexión y experimentación para reinventar sus *formas de hacer*.

A lo largo de su trayectoria, dichas comunidades habían desarrollado una doble insatisfacción. Por un lado, proponían un cuestionamiento de la «vieja política» (partidos, sindicatos mayoritarios, prácticas institucionales, lógicas de representación), un gesto que no era singular, formaba parte del sentido común de muchos movimientos sociales. Lo que era distintivo, diferencial (y central para mi trabajo) es que, a la vez, con la misma intensidad, planteaban una crítica profunda y desde dentro —una crítica que era también una autocrítica— de la política de los movimientos. En especial problematizaban las dinámicas y circuitos autorreferenciales del activismo, lo que denominaban «el gueto militante», espacios formados principalmente por activistas blancos, de clase media, urbanos y universitarios, que funcionaban como subculturas alternativas cerradas sobre sí mismas, «modos de vida» radicales en el plano simbólico y discursivo, pero con escasa capacidad/voluntad real de transformación.

Tomando como punto de partida esta (auto)crítica, los y las activistas iniciaron un proceso colectivo de búsqueda/fuga que invitaba a producir y ensayar otras formas de hacer política desde los movimientos sociales. Así, Pantxo, de la ODS-Exit de Barcelona, planteaba que para ellos «*lo programático está ligado a las prácticas de reinención de la organización*,

lo programático pasa más por ver cómo vamos transformando las maneras de hacer» [entrevista, 25 de octubre de 2010].

La experimentación se situaba, así, como un elemento constitutivo, clave en la praxis política de la red. Pastora, del nodo de Sevilla, planteaba que las ODS producían una política «sin manual», basada en el «caminar preguntando» zapatista, en la heterogeneidad (frente a la repetición), y en el hecho de compartir unos referentes teórico-políticos «*que son referentes que vienen a decir que hay que crear, que hay que inventar*» [entrevista, 3 de mayo de 2010]. Lo central —lo programático— era ese intento de pensar/imaginar y dar cuerpo a «otra política»; un empeño colectivo que dibujaba un escenario que según los y las integrantes de la red *aún estamos aprendiendo a nombrar*. La «otra política» no era un programa cerrado, sino un estilo de trabajo abierto, en construcción, unas «formas de hacer» que se expresaban como metáforas más que como una narrativa ya completa. Dentro de esa matriz (ese imaginario) emergente, los y las activistas hablaban de una política del encuentro, de la escucha, una política artesana, mestiza, una política de la vida cotidiana. Y en este contexto, la investigación militante y las prácticas-de-conocimiento jugaban un papel fundamental; investigar, decía Guillermo, desde Zaragoza, porque «*si no se piensa colectivamente, lo que hay es la deriva de la inercia*» (entrevista, 26 de octubre de 2010).

Para esta red la producción y la sistematización de saberes no eran un complemento o un momento separado de la acción política: pensamiento y análisis colectivo, investigación militante, experimentación política y producción de movimiento, eran vividos como hilos de un mismo tejido.

Ese proceso —ese tejido— tomaba forma a partir de la intersección de tres planos. En primer lugar, las prácticas-de-conocimiento tenían una dimensión experiencial muy marcada. El pensamiento colectivo y la investigación militante tomaban como punto de partida las vivencias concretas y cotidianas de los y las activistas, era un saber encarnado, que se enunciaba en primera persona —del singular y del plural— y que situaba el cuerpo propio (la propia vida) en el centro de la política: partir de la realidad que se habitaba y problematizarla —convertirla en pregunta, convertirla en problema—.

El pensamiento colectivo nacía desde la experiencia, en y desde las prácticas, y alimentaba las prácticas; las preguntas no eran en abstracto, sino que remitían a la materialidad de los cuerpos y las luchas. Esta lógica impulsó, por ejemplo, que las nociones de precariedad/precarización/precarizado se situaran con fuerza como eje de las discusiones de estas redes a lo largo de la primera década de 2000. Como planteaba Guillermo,

la precariedad es «*lo que nos ha tocado vivir y contra lo que nos toca luchar*» [entrevista, 3 de octubre de 2010]. Reflexionar sobre las trayectorias vitales concretas —individuales y colectivas— a partir de la idea de precariedad/precarización (en sus múltiples dimensiones) suponía para esta generación de activistas elaborar un pensamiento, un conjunto de saberes situados que permitieran entender y enunciar lo que estaba pasando, *lo que nos estaba pasando*, y construir y poner a circular categorías, narrativas y dispositivos que permitieran intervenir en esa realidad para intentar transformarla.

Esta dimensión experiencial, esa política en primera persona, fue un punto de apoyo fundamental en la trayectoria de estas redes; sin embargo, también conllevaba riesgos. ¿Cómo mantener abierta la red, evitar ensimismarse, no cerrarse sobre sus propias preguntas, preocupaciones y memorias?

Aquí entra el juego el segundo de los tres planos que quería destacar, que se expresa en la imagen de una *política del encuentro*. Pantxo, integrante de la red en Barcelona, jugando con la cercanía entre las nociones de *experiencia* y *experimentación*, señalaba que el cruce entre la experimentación y la política del encuentro fue lo que permitió «*forzar más sobre ese espacio de la experiencia que habíamos construido durante los noventa [para ver] cómo esa política de la experiencia se hace algo más que nuestra experiencia*» (entrevista, 25 de octubre de 2010).

El deseo de apertura, de salir del «gueto militante», romper con la composición habitual de los movimientos sociales y organizarse/trenzarse/contagiarse con otros y otras para construir política de otro modo, era un elemento clave de esta experimentación. Se combinaban momentos de conexión con el afuera y momentos donde la mirada se replegaba hacia el interior de las propias redes; «*casi como el latido del corazón, sístole y diástole*», decía Marta, integrante de otro de los nodos de Madrid; momentos de apertura, de proliferación, y momentos más pausados, de sedimentación y de reflexión sobre lo hecho (entrevista, 12 de junio de 2010).

La política del encuentro suponía *trabajar y pensar junto y con* otros para producir en ese proceso sentidos compartidos, horizontes de (auto)organización y movimiento. Recomponer el vínculo social en contextos marcados por la dispersión; tejer un «común» que aparecía disuelto, estallado, roto. Ese gesto implicaba, y esto es fundamental, el desplazamiento de la red. En una política del encuentro y de la escucha la red pierde su centralidad como sujeto de enunciación, y en lugar de *decir lo que hay que hacer* tiene que aprender a *caminar preguntando*. Podría decirse, de hecho, que el caminar preguntando *es* la otra política. Como señalaba Silvia desde otro de los nodos situados de Madrid:

Es muy distinto pensar el futuro de las ODS creyendo que tú eres quien tiene que enunciar algo, que eres el sujeto de enunciación válido para, no sé: «abordar las hipótesis políticas que nos darán la clave de tal», o que eres —digamos— un espacio que se va inventando a sí mismo, poco a poco, sin una idea preconcebida de lo que tienes que hacer y de lo que tiene que ser la política, y que va sobre todo escuchando qué está ocurriendo en lo social para ser capaz de construir esos problemas de manera común (entrevista, 8 de junio de 2010).

El tercer y último plano que componía este tejido de «prácticas-de-conocimiento» remite al modo en que esta red (epistémica y política) se relacionaba con los saberes académicos. El pensamiento colectivo nacido de la experiencia de los y las activistas, encarnado, que surgía de la reflexión sobre las prácticas, en y desde las luchas; y el pensamiento producido con otros y otras a partir del encuentro, que tomaba cuerpo al pensar juntos y juntas, el caminar preguntando; se ponían al interior de estas redes en continuo diálogo con los saberes técnicos y académicos.

Se trataba de una conexión «impura», donde los saberes académicos eran apropiados y se ponían a circular —se ponían *en movimiento*— de un modo profundamente indisciplinado, una suerte de bricolaje donde se mezclaban de manera heterodoxa aquellos conocimientos que ayudaran a pensar cada situación de manera más compleja, creativa y potente.

El cruce de estos distintos tipos de conocimiento —saberes experienciales, técnicos, de la militancia, subalternos, académicos, populares— que incluyen lo micro y lo macro, la reflexión sobre vivencias individuales y el análisis de dinámicas estructurales, permitía conectar biografía e historia, imaginación sociológica e imaginación política, la destreza para leer contextos en rápida transformación y la voluntad y las herramientas para intervenir en esos procesos: interrogar el presente para transformarlo, redefinir/ampliar el campo de lo posible y lo pensable (los límites de la imaginación y la praxis).

Para-etnografía y colaboración

Las referencias a este cruce entre los saberes técnicos/académicos (del derecho, la sociología, el trabajo social, la pedagogía, etc.) y los saberes de la militancia acumulados en la trayectoria de la red, aparecían una y otra vez en las entrevistas. Según Juan, abogado de una de las ODS situadas en Madrid, ese cruce suponía «*el ejercicio de saberes técnicos desde otra perspectiva, desde otros enfoques, y ahí hacer contrapoder haciendo nuestras técnicas, nuestras disciplinas*» (entrevista, 18 de mayo de 2010). En la misma línea, Nico, de la ODS de Málaga, afirmaba que:

En todas las ODS hay un espacio o están muy relacionadas con espacios colectivos de investigación, investigación que se nutre —roba— determinados saberes técnicos de la investigación sociológica, o incluso antropológica, etnográfica, de acercamiento al territorio, de cómo dotarse de cierta metodología a la hora de investigar, cómo articular las cuestiones más cualitativas, los grupos de discusión, las entrevistas; y, por otro lado, los saberes más intuitivos, más propios de la militancia, que son muy ricos y muy válidos cuando se saben extraer y detectar. Esas dos cosas se mezclan en la trayectoria de las investigaciones militantes que han acompañado los movimientos menos dogmáticos, ¿no?, para actualizar permanentemente los discursos, los saberes, y ponerlos a prueba.

Estas redes de movimiento iban produciendo conocimientos (y trenzando en ese proceso matrices alternativas de sentido), que ponían a circular a través de múltiples canales y registros: libros, cursos, cartografías, artículos, imágenes, talleres, informes, entrevistas, grupos de lectura, grabaciones en audio o vídeo, etc. En un ejemplo preciso de lo que Douglas Holmes y George Marcus denominaron como «para-etnografía» (2008: 82), la red de ODS describía, analizaba, y explicaba en sus propios términos tanto las características como las transformaciones de su praxis, su cultura organizativa, y su relación con nuestro mundo y nuestro tiempo, desplegando para ello un repertorio de prácticas intelectuales y de tecnologías de producción de saberes muy similares a las que definen y constituyen el trabajo del científico o científica social.

Esta figura del para-etnógrafo o para-etnógrafa, un actor colectivo situado fuera de la Academia y que desarrolla sus propias prácticas-de-conocimiento, su propia labor analítica y conceptual, y produce y moviliza saberes expertos, va a cambiar de manera fundamental las reglas de juego del encuentro etnográfico, situándonos en un terreno donde el investigador académico debe abrirse a *reaprender* su método trabajando y pensando *junto y con* los sujetos de la investigación (Holmes y Marcus 2008: 86). En este contexto, la colaboración hace referencia a un marco de coproducción de conocimiento, un escenario que implica afirmar la reflexividad y el carácter de productores de saberes expertos de los sujetos con quienes trabajamos, tomando sus localizaciones epistémicas y políticas, sus intereses, sus preguntas y prácticas intelectuales, y no únicamente los intereses académicos o disciplinarios, como punto de partida para nuestros proyectos⁷.

7. Es fundamental subrayar que esta lógica tiene una historia de largo recorrido dentro de las ciencias sociales. Está presente, con grados variables de intensidad y desarrollo, en tradiciones como la investigación-acción-participativa; la antropología feminista; el enfoque decolonial; la sociopraxis; las «epistemologías del Sur» y las metodologías indígenas; la etnografía activista o militante, etc.

Co-laborar demanda construir espacios de diálogo, y situar como eje de la investigación los temas y preguntas que emerjan de dicho diálogo: negociar y articular una agenda común, definir objetivos que sean —al menos parcialmente— compartidos en relación al diseño y desarrollo del proyecto. En este contexto se busca tensionar/desestabilizar las asimetrías de la relación sujeto/objeto de investigación, y dar paso a una relación entre *sujetos en proceso* (Ibáñez, 1990). No estaríamos ya ante la categoría clásica del *informante*, sino ante un espacio de reflexividad dialógica entre «compañeros epistémicos» (Holmes y Marcus, 2008: 84).

De este modo, las propuestas colaborativas resignifican la colaboración —que es por definición inherente a la etnografía— para situarla explícitamente como la columna vertebral que oriente cada fase de la investigación: desde la formulación del proyecto hasta el trabajo de campo, el análisis, y la escritura (Lassiter, 2005). En las prácticas colaborativas el trabajo de campo pasa de ser un espacio/tiempo de producción de datos, anterior y separado del momento del análisis, a ser un espacio/tiempo donde se despliegan dinámicas de coanálisis, coteorización y coconceptualización (Rappaport, 2008) entre los diferentes actores implicados en el proyecto. No obstante, no hay una fórmula estandarizada para «colaborar»; la colaboración —que presenta siempre cierta vocación experimental— se va a declinar de manera particular, específica, en cada investigación. Cada experiencia concreta, en función de sus propias características, desafíos, limitaciones y potencias, explorará técnicas diversas, mostrará grados diferentes de codefinición del proceso, combinará momentos más colaborativos con otros más convencionales, etc.

Por último, y sobre este elemento, me centraré en el resto del artículo: integrar las preguntas, análisis e intereses de los sujetos con quienes trabajamos, creando espacios de codecisión a lo largo de todo el proceso, supone que el investigador o investigadora tendrán que ceder/perder una parte significativa de su propio control sobre el proyecto. ¿Cómo se modifica el papel del investigador o investigadora académica en situaciones/ relaciones de colaboración?

La cuestión del poder

Las lógicas colaborativas aspiran a dispersar el poder al interior de las situaciones de investigación. Ese es su horizonte de sentido, que el poder se distribuya en lugar de concentrarse en el investigador o investigadora que provienen del campo académico.

La colaboración da centralidad a las preguntas de para qué y para quién se produce conocimiento, desde dónde y cómo se produce, y qué

saberes cuentan —con quién pensamos, qué criterios hacen que un determinado saber sea considerado válido (o desechable, no importante)—. Frente a la violencia epistémica de una Academia que consciente o inconscientemente, abierta o solapadamente, tiende a operar como aparato de captura de los saberes subalternos, las lógicas colaborativas abren la posibilidad de articular otro tipo de relaciones. La colaboración demanda tejer y sostener otros vínculos entre los actores y con el proceso, y permite a investigadores e investigadoras caminar hacia prácticas de reciprocidad, diálogo crítico, acompañamiento, cuidado, y aprendizaje colectivo: trabajar y pensar «junto y con» en lugar de «sobre».

No obstante, estas afirmaciones no deberían hacernos pensar en imágenes de horizontalidad más o menos ingenua; la colaboración ni anula ni supera las complejidades que atraviesan toda relación social. Cuestionar la asimetría no construye automáticamente relaciones simétricas; problematizar la concentración de poder no implica que el poder se distribuya. Hay que tener cuidado con estas cuestiones y situarnos en un punto intermedio que nos permita reconocer y reflexionar colectivamente en torno a las tensiones que atraviesan la práctica —recordando que no hay práctica sin tensiones—.

Tampoco tiene sentido pensar que, por defecto, el poder solo está en las manos del investigador o investigadora académicos. Esa mirada (que nace en algún lugar entre el paternalismo y la culpa) invisibiliza la capacidad de agencia de los actores con quienes trabajamos. De nuevo, cada proyecto es un mundo, pero creo que hay algunas reflexiones que merece la pena compartir.

Jesús Ibáñez, referente clave como crítico de la sociología, señalaba que quienes tienen mayor probabilidad de «ser estudiados» son aquellas personas «*que están en posición de objeto, los que no tienen derecho a la palabra*», mientras que «*los poderosos que tienen ese derecho [a la palabra], y los rebeldes que luchan por ese derecho, son difíciles de entrevistar*» (Ibáñez, 1990: 61). Los «poderosos», porque imponen su distancia, no son fácilmente accesibles; los «rebeldes», porque —deviniendo sujetos— pueden negarse a contestar, rechazar la pregunta, o acabar preguntando a quien pregunta (cambiar las reglas de juego).

Como sabemos, la antropología actual está marcada por el efecto combinado de dos grandes críticas experimentadas por la disciplina en las últimas décadas, y que forzaron su redefinición. Una de ellas, generada al interior de la disciplina y conocida como la «crisis de representación» —que no desarrollaré aquí— se centró, por decirlo de manera resumida, en deconstruir la micropolítica de la representación etnográfica (Clifford y Marcus, 1986). La segunda, impulsada en este caso desde el exterior de

la comunidad académica, fue la «rebelión» de los sujetos de investigación: los grupos estudiados por la antropología, generalmente colectivos subalternos/subalternizados, comenzaron a problematizar de manera sistemática el carácter extractivo y colonial de la disciplina. Cansados de ser pensados y tratados como objetos, y de ver negada su capacidad y su legitimidad para construir sus propios relatos sobre sí mismos, estos grupos empezaron, como planteaba Eric Wolf, a «*cuestionar tanto los derechos como las intenciones de los antropólogos que quieren acceder a ellos*» (2001: 79). Un gesto posible, decía Wolf, porque ahora esas poblaciones *están suficientemente movilizadas*. Habían devenido sujetos y podían, efectivamente, negarse a contestar, o subvertir las relaciones y tomar el papel de quien pregunta: ¿tú quién eres, por qué vienes a investigarnos, y para qué, para quién y cómo vas a hacerlo?

Reflexionando sobre el caso de la antropología colombiana, donde este cuestionamiento se desplegó a partir de la emergencia y consolidación del movimiento indígena, Luis Guillermo Vasco Uribe afirmaba que este proceso había puesto seriamente en duda que la antropología pudiera continuar desarrollándose «*en las condiciones y con los criterios e intereses del etnógrafo*» (2002: 707). Al devenir sujetos, los grupos subalternos/subalternizados demandaban un mayor control tanto del proceso de construcción como del contenido final de las representaciones que se elaboraban en torno a sus formas de vida; y exigían la articulación de relaciones y prácticas más igualitarias, recíprocas y negociadas, llegando en ocasiones a desarrollar sus propios protocolos de investigación, que debían ser respetados y cumplidos por los académicos y académicas.

En este sentido es interesante recoger, por ejemplo, la posición de la organización afrocolombiana Proceso de Comunidades Negras (PCN) dentro del proyecto «Otros Saberes», una iniciativa de colaboración entre intelectuales académicos y de la sociedad civil propuesta por la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA). El PCN, exponente claro de grupo devenido sujeto a través de la autoorganización y la lucha, destaca también por la importancia que da al pensamiento colectivo y a la producción de saberes que, en sus propias palabras, «*partan del problema a la teoría, se interroguen desde dónde se conoce, con quién se quiere pensar, sentir y movilizarse*» (Castillo, Grueso, Rosero y Cifuentes, 2013: 133). En el marco de este proyecto, los y las activistas, líderes y lideresas del PCN tenían una posición clara sobre cuáles eran las condiciones de posibilidad para un diálogo de saberes entre los conocimientos académicos y los conocimientos producidos desde la organización. Así,

Se acordó orientar la investigación según los siguientes criterios: (1) asumir los principios político-organizativos del PCN como punto de partida; (2) sistematizar el pensamiento y práctica del PCN desde sus experiencias y desde sus lecturas sobre sí mismo; (3) orientar el proyecto hacia una valoración del pensamiento propio construido colectivamente (Castillo et al., 2013: 130).

El grupo de académicos y académicas debía aceptar los objetivos y principios organizativos del PCN como punto de partida del proyecto de colaboración. Son los intereses y necesidades del movimiento (y su lucha) los que se sitúan en el centro, y no las preguntas o debates disciplinares. El investigador o investigadora deben subordinar su agenda a la de la organización. Asumir que la autoridad del etnógrafo es equivalente, y en ocasiones hasta subordinada, a la de los sujetos con quienes trabaja es justamente el elemento que permite tensar las asimetrías y redistribuir el poder en contextos de investigación; es a partir de ese gesto, dice Vasco Uribe, como «*se cambian las relaciones de dominio por una acción conjunta, por un diálogo real a través de la confrontación*» (2002: 688).

En otras geografías igualmente marcadas por la herida colonial —en cuya producción y reproducción las tecnologías de saber/poder ocuparon y aún ocupan un lugar central— encontramos situaciones similares. Las organizaciones de las Primeras Naciones de Canadá o del pueblo *maorí* en Nueva Zelanda/Aotearoa trabajan explícitamente en problematizar (erosionar, desmontar) las epistemologías y metodologías eurocéntricas, y en desplegar otros enfoques que privilegien los conocimientos y las voces, experiencias y metodologías indígenas (Smith, 1999). Con ese objetivo estas poblaciones han desarrollado, por ejemplo, los protocolos OCAP de investigación —*Ownership, Control, Access, and Possession*—, que definen meticulosamente los principios a seguir por los académicos y académicas.

Estamos ante actores, pueblos originarios en un caso, afrodescendientes en el otro, que han devenido sujetos a través de la lucha, y que despliegan como parte de su praxis política sus propias prácticas-de-conocimiento, sus propios mecanismos (para-etnográficos) de pensamiento colectivo y producción de saberes. Eso les da la capacidad —el poder— de imponer ciertas condiciones en la investigación, o al menos permite negociar desde una posición más sólida el para qué, el para quién y el cómo de los proyectos, ejerciendo mayor control tanto sobre el proceso como sobre los resultados.

Toda investigación está atravesada por múltiples asimetrías, cuestiones de género, raza, clase, edad, etc., que están en disputa y que se negocian y renegocian al interior de cada proyecto, pero no deberíamos subestimar el poder de los sujetos con quienes trabajamos. Si la reflexión

(aunque tenga un tono crítico) gira únicamente en torno a nuestro poder como académicos o académicas corremos el riesgo de invisibilizar/borrar experiencias que son fundamentales para pensar y ensayar otras «formas de hacer» investigación; si no destacamos las experiencias que muestran el poder y la agencia de los sujetos con quienes trabajamos, podría parecer que la colaboración no es sino el resultado de la buena voluntad de los investigadores e investigadoras —un grave error—.

Llegados a este punto, se puede plantear como hipótesis de trabajo y debate que será más sencillo articular relaciones colaborativas de investigación si se dan estas dos variables: 1) si trabajamos con grupos conformados como sujetos; y 2) si se trata de actores que funcionan como comunidades reflexivas, que dan importancia a la producción colectiva de conocimiento sobre sus propias prácticas. La posibilidad y la consistencia de la colaboración dependerán en gran medida de la presencia o ausencia de estas dos dimensiones. Puede haber proyectos colaborativos que surjan desde otras coordenadas, pero tanto la elaboración de una agenda común como el despliegue de los procesos de coanálisis y coteorización serán más complicados, más estriados.

La confianza entre los distintos actores implicados en un proyecto es otra variable clave para armar y sostener la colaboración. En mi investigación con la red de ODS, la cuestión del poder fue bastante periférica. Como he descrito, se trataba claramente de un grupo-sujeto, redes activistas de largo recorrido para las que el pensamiento colectivo y las prácticas-de-conocimiento eran centrales. Podría decirse que, de hecho, eran un caso ideal de «compañeros/as epistémicos/as». Pero a esto se sumaban además otros elementos relacionados con la cuestión de la confianza. Antes de desarrollar este proyecto, yo había formado parte de las redes de movimiento en las que se acabaron creando las ODS. A principio de la década de 2000 pasé varios años viviendo en otro país, y dejé de tener una relación orgánica con estos espacios. Al regresar e iniciar mi investigación, los nodos que se habían unido a la red durante mi ausencia no me conocían, pero para muchos otros activistas yo era un amigo y/o un viejo compañero de militancia. Nunca fui parte de una ODS, pero el hecho de que las ODS se crearan al interior de redes de las que yo había formado parte durante años hizo que, de alguna manera, yo fuera —simultáneamente— un actor externo e interno a la red: pertenecía y no pertenecía, y esa localización particular fue clave para el desarrollo del proyecto.

En gran medida se trataba de una relación entre iguales; en algunos casos nos conocíamos desde hacía años, en general éramos parte de la misma generación, teníamos experiencias compartidas, habitábamos un universo cultural y un horizonte político similares. A muchos niveles ha-

blábamos el mismo idioma. Fue un caso paradigmático de esa «armonización objetiva de las disposiciones entre investigador y sujeto de investigación» que Bourdieu (1999: 530) señalaba como condición básica para una comunicación «no violenta».

Años después, en 2015, siendo investigador posdoctoral en la Universidad del Witwatersrand, en Johannesburgo, Sudáfrica, los y las estudiantes de raza negra iniciaron un potente ciclo de movilizaciones exigiendo la descolonización de la universidad a nivel del currículum académico, las pedagogías, la composición del profesorado, la política lingüística, la cultura institucional, etc. Fascinado por lo que estaba ocurriendo, yo jugaba a imaginar cómo sería tejer una investigación colaborativa con los y las estudiantes en lucha; era consciente, sin embargo, de que se trataba de un proyecto imposible. Como en un juego de espejos invertidos, esta situación era radicalmente opuesta a la que he descrito en mi trabajo con la red de ODS. No había vivencias compartidas, no había relación de proximidad ni de confianza —yo era un recién llegado, no me conocían de nada—, nos comunicábamos en un idioma que no era ni el suyo ni el mío, nuestra experiencia del mundo era (por muchas razones) diferente, y de hecho simbólica y estructuralmente yo —hombre, blanco, europeo— representaba en gran parte justo aquello contra lo que se ponían en movimiento.

Son dos casos extremos, pero reales, que muestran con precisión algunas de las dimensiones que en la práctica van a facilitar, dificultar, o imposibilitar la colaboración en investigación.

En torno a la autonomía del investigador o investigadora

Como planteé antes, la figura del para-etnógrafo o para-etnógrafa va a transformar profundamente el encuentro etnográfico, abriendo un escenario marcado por el reto de «*integrar completamente la agudeza analítica y las percepciones de nuestros sujetos para definir tanto las temáticas que se ponen en juego en nuestros proyectos, como los medios a través de los cuales vamos a explorarlas*» (Holmes y Marcus, 2008: 86).

Para que esa «integración» sea posible, y sea real, el investigador o investigadora académicos deben perder un grado significativo de control sobre el proceso de investigación. La colaboración exige una disposición, una forma específica de poner el cuerpo. El académico o académica debe desplazar su posición, cuestionar sus automatismos (analíticos, metodológicos), desaprender su autoridad —y sus privilegios— para ser capaz de negociar, modificar, y en algunos casos subordinar sus objetivos, planes y expectativas a los intereses y necesidades de sus colaboradores. De este

modo, el «caminar preguntando», el arte de descentrarse, y la política del encuentro y la escucha que proponían los y las activistas de la red de ODS van a interpelar también, con intensidad, a los académicos y académicas que exploran las lógicas y prácticas colaborativas de investigación (que tienen mucho de artesanía).

Abandonar la relación informante/investigador para entrar a tejer un diálogo de reflexividades, un diálogo constituyente, transforma fundamentalmente el papel del etnógrafo, que pasa de «experto» a facilitador, transductor, u otras posibilidades que se definen en cada proyecto. Se convierte aquí en un experto entre expertos, que aprende (y desaprende) acompañando y siendo acompañado. Eso no quiere decir que todos los saberes que se ponen en juego sean iguales; en una investigación como la que realicé se cruzaban saberes experienciales, militantes, técnicos, populares, etc.; lo que quiere decir es que esos diferentes tipos de conocimiento no están jerarquizados *a priori*. Lo que la colaboración propone es construir una ecología de saberes (Santos, 2006).

Descentrarse —para sujetos entrenados a pensar que, como intelectuales y técnicos, su saber cuenta más que otros saberes— es un ejercicio que genera ansiedad. Abre un espacio de vulnerabilidad que (la ficción de) el papel de experto lograba ocultar con más o menos éxito. Las disciplinas no enseñan a habitar esa fragilidad (a «sostener la ignorancia», por usar la fórmula de Rancière), así que dispersar el poder provoca vértigo, multiplica las dudas. También, sin embargo, abre posibilidades novedosas para el pensamiento y la acción. Descentrarse no es desaparecer como investigador o investigadora, sino ensayar lógicas de copresencia que se van articulando de diferentes maneras en cada proyecto.

En mi investigación, la colaboración fue más un punto de llegada que un punto de partida. El trabajo de campo se dividió en dos fases. La primera se extendió (intermitentemente, ya que compaginaba este proyecto con otros trabajos) de mayo de 2008 a febrero de 2011; hice observación participante en reuniones, encuentros, eventos de movilización y actividades cotidianas de las ODS, así como 31 entrevistas etnográficas a activistas de los diez nodos que componían la red en ese momento. La segunda fase abarcó desde febrero de 2011 hasta mayo de 2012, y estuvo marcada por un «giro colaborativo» en el proyecto, abriendo un escenario donde los y las integrantes de las ODS tuvieron un papel directo en la definición del tipo de conocimiento que debía producirse, cómo debía ser producido, y con qué objetivos.

Esta posibilidad de colaboración empezó a tomar cuerpo a finales de 2010. La crisis económica, política, social e institucional llevaba más de dos años desplegándose con fuerza, y los movimientos sociales no habían

tenido la capacidad de articular respuestas consistentes; la acción colectiva estaba en un *impasse*; ni las herramientas ni las narrativas disponibles parecían tener ningún efecto, ninguna potencia. En ese contexto, los nodos de la red decidieron abrir un proceso de discusión colectiva para repensar y transformar sus prácticas, redefinir sus *formas de hacer*, y es ahí donde sintieron que el trabajo que yo venía desarrollando podía tener cierta utilidad. Consideraban, por ejemplo, que las entrevistas sistematizaban el pensamiento de los diferentes nodos de la red —a nivel del imaginario político y del análisis de las propias prácticas— de un modo que no estaba disponible antes, y que por lo tanto ese material era un buen punto de partida para la reflexión.

En febrero de 2011, los y las activistas decidieron que en el otoño de ese año habría un encuentro de toda la red para comenzar el proceso de discusión colectiva, y que antes de esa fecha cada nodo debía trabajar por su cuenta el material de las entrevistas para ir preparando el encuentro. Esa fue la manera en que mi proyecto (que a partir de ese momento era menos «mío») se integró en las prácticas-de-conocimiento de la red, un ensamblaje entre mis intereses y los suyos, que hacía posible cierto giro colaborativo en la investigación.

Comencé entonces a coordinarme con los distintos nodos para diseñar una serie de talleres que serían el eje de la segunda fase de trabajo de campo. Para que los talleres tuvieran más sentido, y se ajustaran a las necesidades, demandas y realidades particulares de cada nodo, la idea era que en cada lugar los y las activistas decidirían tanto el contenido —qué trabajar en ese taller— como la metodología de trabajo. En ese proceso yo me ponía a disposición de la red, acompañaba el proceso en lugar de dirigirlo, y parte de mi coordinación con cada nodo consistía en negociar y decidir también cuál debía ser mi rol en cada encuentro.

Finalmente organizamos seis talleres. Dos con todos los nodos de la red situados en Madrid, en junio y octubre de 2011; dos en Sevilla, en octubre de 2011 y enero de 2012; un taller conjunto entre los nodos de Zaragoza y Pamplona/Iruña, julio de 2011; y el último encuentro en Terrassa en febrero de 2012. En otro artículo (Arribas Lozano, 2018) he descrito los talleres, qué hicimos y cómo lo hicimos, destacando además el impacto que tuvo la irrupción del acontecimiento/movimiento 15M en mayo de 2011, apenas tres semanas antes del primer taller, así como el intenso ciclo de movilizaciones que se abrió a partir de ese momento.

Cada taller fue singular, y también mi papel fue diferente en cada encuentro. En algunos participé activamente en el diseño de la metodología, el análisis de las entrevistas y las discusiones colectivas, la elaboración de las cartografías —los mapas de conceptos, relaciones y líneas de ten-

sión— que iban surgiendo del trabajo con los distintos materiales, etc. En esos casos me integré en las dinámicas de coanálisis, coteorización, y co-conceptualización que se desplegaban en los talleres. En otros casos (incluso en otros momentos dentro del mismo encuentro) mi papel fue el de facilitar las discusiones, destrabar situaciones de bloqueo, conectar las distintas fases de trabajo de un taller, o vincular los debates que se daban con los que se habían tenido en los otros nodos —de manera que hubiera una percepción más amplia de las preguntas, problemas, intuiciones y deseos que atravesaban la red—. También hubo algún caso en el que los y las activistas armaron el programa de trabajo, definieron los objetivos y la metodología, y asumieron las tareas necesarias para facilitar el taller, y yo participé simplemente como invitado, grabando, tomando notas, y aportando alguna información puntual en algún momento. Así es como se fue definiendo la copresencia en este proyecto.

Esta pérdida de control sobre el proceso —la apropiación de la investigación por parte de los integrantes de las ODS— fue la condición de posibilidad de este giro colaborativo. La colaboración tiene un fuerte componente de experimentación, y en ese sentido es frágil; la «apropiación» no asegura el éxito de un proyecto, pero si no se da cierto grado de apropiación es imposible articular o sostener propuestas colaborativas. Cuanto más se apropiaran los y las activistas de la red de esta fase del proyecto, cuanto más «suyos» fueran los talleres, más rico sería el análisis realizado, ya que este proceso tendría interés para todos los actores implicados. Sería útil para las ODS al aportar más elementos a sus propias reflexiones. Sería útil para mí, por un lado, al permitirme observar cómo la red repensaba y redefinía las categorías, las «nociones comunes» desde las que despliega su práctica política; pero también, por otro lado, al darme la oportunidad de explorar/vivenciar las posibilidades abiertas por esta metodología de investigación.

No parece arriesgado pensar que, si sujetos reflexivos como los que he descrito tienen la oportunidad de implicarse en el diseño de una investigación que les incumbe, y codefinir el sentido, objetivos y metodología del proyecto, de modo que tanto el proceso como los resultados puedan ser relevantes para sus propias prácticas, para sus propias vidas, esos sujetos van a preocuparse por asegurar la calidad de aquello que se construye en común. De esta manera, la dimensión colectiva enriquece tanto la relevancia social como el poder interpretativo de nuestros proyectos.

Sin embargo, la noción de *apropiación* genera fuertes resistencias. El argumento es que subordinar el trabajo académico a los intereses y demandas de los sujetos/coinvestigadores erosiona nuestra autonomía, y por

lo tanto es incompatible con la independencia y la distancia analítica imprescindibles para la reflexión y para el trabajo académico de calidad. En este sentido, narrando su experiencia de investigación descolonizada y co-labor, Xochitl Leyva y Shannon Speed (2008), autoras de lectura obligada para quienes quieran explorar otras formas de producir conocimiento, mencionaban un debate surgido en sus clases de maestría en torno a la cercanía entre las nociones del investigador o investigadora «alineados» con un movimiento social —una imagen recurrente en contextos de habla inglesa— y un investigador o investigadora «alienados» por un movimiento social.

Se trata de un riesgo real, y que demanda atención constante por nuestra parte; pero la colaboración en investigación (y no hay colaboración sustantiva sin «apropiación») no supone necesariamente una pérdida de autonomía analítica para el investigador o investigadora. Hay muchos elementos que median entre un momento y otro de esa relación, y nuestro desafío en este caso es imaginar y ensayar lógicas de autoridad compartida que deberán ajustarse a cada situación/proyecto particular.

Al hablar sobre su experiencia de investigación-acción-participativa con trabajadores de cooperativas en Mondragón, Davydd Greenwood (2000) explicaba que, junto a un pequeño grupo de investigadores académicos y estudiantes, formaron parte del equipo del proyecto 45 socios cooperativistas que estaban implicados activamente en el proceso de producción de conocimiento, y añadía:

Mi participación estuvo dirigida en su totalidad por la agenda colaborativa creada entre los miembros del equipo, y mis observaciones no fueron más solamente, sino observaciones compartidas y confrontadas por los demás, que también eran observadores participantes. Nos pusimos de acuerdo en que cualquier escrito sobre el proyecto se elaboraría conjuntamente o tendría que ser aprobado por los miembros del equipo. Así, cualquier idea mía tenía que pasar por el análisis crítico y duro de los socios internos de las cooperativas, grandes conocedores de los temas (Greenwood, 2000: 42).

Estos 45 socios-devenidos-investigadores estaban trabajando (pensando juntos y juntas) en torno a un problema que era fundamental para ellos. Es lógico pensar que su implicación —aportando su experiencia y saber práctico sobre el funcionamiento de la cooperativa, su conocimiento del campo, y su capacidad de acceso a información— fueron elementos clave para el desarrollo del proyecto. En su texto, Greenwood no se quejaba de la pérdida de autonomía que podría haber implicado el subordinarse a esa agenda creada entre los miembros del equipo. Al contrario, su artículo enfatizaba y ponía en valor la riqueza inherente a los proyectos

en los que el conocimiento es «co-generado» entre diversos sujetos, y donde los intereses, necesidades, derechos y obligaciones de cada actor son negociados y acordados como parte del proceso. Así, Greenwood señalaba la *fascinación* que le producía ver a sus colaboradores sugerir, desechar, modificar o sintetizar las categorías que se ponían en juego en el proyecto, y concluía: «*no soy capaz de imaginarme una manera más rica que esta de profundizar en los conocimientos de una comunidad*» (2000: 46).

Conclusión – para seguir conversando

Yo sentí una fascinación similar a la que planteaba Greenwood durante la segunda fase de trabajo de campo de mi investigación, mientras tomaba cuerpo el «giro colaborativo» que he venido describiendo. Las entrevistas que desarrollé al inicio de mi proyecto generaron gran cantidad de información de calidad, pero los talleres de coanálisis y coteorización, diseñados e implementados junto y con los miembros de las ODS, incluyeron a un número mucho mayor de activistas reflexionando y discutiendo sobre cómo redefinir su praxis —que era justamente el eje central de mi estudio—.

En los talleres, los y las integrantes de la red repensaban colectivamente sus ideas, sus narrativas y sus prácticas para resignificarlas; ahí compartían sus intuiciones, dudas, y propuestas; ahí la red decidía qué hacer, cómo hacerlo y por qué. En los talleres yo podía ver esos mapas construirse y desplegarse delante de mí, seguir/acompañar a sus protagonistas, pensar junto y con ellos y ellas, escuchar y entender (o preguntar, dialogar, cuestionar, problematizar) las razones por las que tomaban ciertas decisiones en lugar de otras. Ahí se discutían las metáforas de esa política del encuentro, de la escucha artesana, mestiza, de la experimentación y el caminar preguntando; se diseccionaban sus potencias y sus límites; y se redefinían las coordenadas que orientaban el pensamiento y la acción. Acompañando a los y las activistas y siendo acompañado por ellos y ellas, poniéndome en movimiento con el movimiento, ese espacio de reflexividad dialógica y colaboración experimental supuso un reto y un aprendizaje extraordinarios a nivel teórico, epistémico y metodológico.

La apropiación del proyecto por parte de la red hizo posible producir conocimiento que fuera relevante tanto para la academia, contribuyendo al análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales contemporáneos, como para los y las activistas-colaboradores. En este caso, una clave fue entender y acordar que el proyecto iba a generar productos dirigidos

a contextos diferentes. No todo tenía que servir para todos. Mis artículos académicos son de muy poca utilidad para la red. A su vez, la red usó como creyó conveniente los materiales de la investigación, que fueron (y me gustaría pensar que siguen siendo) utilizados en procesos y situaciones en las que yo no estuve implicado de ninguna manera.

Sin embargo, es importante subrayar que la colaboración es una práctica compleja, frágil, atravesada por múltiples tensiones. No podemos idealizar la investigación colaborativa; no tiene sentido hablar sobre este enfoque de manera normativa o programática: las discusiones tienen que plantearse a partir del análisis crítico de experiencias concretas de investigación, contextualizando tanto los logros (las posibilidades abiertas) como lo no conseguido, los bloqueos, los proyectos no completados, aquellas iniciativas donde la colaboración no fue posible o donde el proceso no fue el esperado/deseado.

Por otro lado, no toda investigación puede ser colaborativa. A lo largo del texto he ido señalando implícita o explícitamente algunas dudas y desafíos que surgían a partir de mi propio trabajo: ¿es posible hacer colaboración con actores que no estén ya constituidos como grupo-sujeto?; ¿cómo desplegar lógicas de coanálisis y coteorización con actores que no desarrollan sus propias prácticas-de-conocimiento, que no operan como comunidades epistémicas?; ¿cómo pensar juntos y juntas si no hay una relación previa de confianza mutua, si no estamos enraizados/as en las comunidades con las que queremos hacer investigación?; retomando el ejemplo que mencioné sobre mi período en Sudáfrica, ¿cuánta distancia social —en términos de clase, raza, género, edad, etc.— puede absorber la colaboración?; por otro lado, ¿cómo tejer y sostener los vínculos (la disposición, el cuerpo, la escucha, los cuidados) que demanda la colaboración si habitamos el tiempo acelerado de la academia neoliberal?; ¿cómo asegurar que no acabamos replicando un modelo extractivista aunque usemos otros discursos, otras palabras?: o, desde otra mirada, si trabajamos con movimientos sociales —y aquí retomo las cuestiones del poder y la autonomía en la investigación—, ¿cómo vigilar que estamos haciendo etnografía y no propaganda?, ¿cómo manejar la tensión que nos puede generar la lealtad dividida y las expectativas y demandas generalmente contradictorias de la academia y de nuestros co-laboradores?

Pensar colectivamente en torno a estas preguntas (y otras que puedan surgir a partir de nuevas experiencias y proyectos) es el recorrido que nos va a permitir imaginar y ensayar otras formas de producir conocimiento. Este es el desafío, el horizonte y la riqueza de las metodologías colaborativas: articular/desplegar lógicas de reciprocidad, copresencia, análisis colectivo y autoridad compartida en investigación.

Referencias

- Arribas Lozano, A. (2018). Knowledge co-production with social movement networks. Redefining grassroots politics, rethinking research. *Social Movement Studies*, 17(4): 451-463.
- Bourdieu, P. (1999). Comprendre. En *La miseria del mundo*. P. Bourdieu, Coord. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Casas-Cortés, MI.; Osterweil, M., y Powell, D. (2008). Blurring Boundaries: Recognizing Knowledge-Practices in the Study of Social Movements. *Anthropological Quarterly*, 81(1): 17-58.
- Castillo, L.C.; Grueso, L.; Rosero, C. y Cifuentes K.B. (2013). El PCN y el censo de 2005: La lucha -en contra de la «invisibilidad» estadística de la gente negra en Colombia. En *Otros Saberes: Collaborative Research on Indigenous and Afro-Descendant Cultural Politics*. C.R. Hale y L. Stephen, Eds. Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- Clifford, J. y Marcus, G.E. (Eds.) (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- Cox, L. (2014). Movements Making Knowledge: A New Wave of Inspiration for Sociology? *Sociology*, 48(5): 954-971.
- Eyerman, R. y Jamison, A. (1991). *Social Movements: A Cognitive Approach*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Escobar, A. (1992). Culture, Practice and Politics: Anthropology and the study of social movements. *Critique of Anthropology*, 12: 395-432.
- Greenwood, D. (2000). De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas. *Revista de Antropología Social*, 9: 27-49.
- Holmes, D.R. y Marcus, G.E. (2008). Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter. *Collaborative Anthropologies*, 1: 81-101.
- Ibáñez, J. (1990). Perspectivas de la investigación social: el diseño en las tres perspectivas. En *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. F. Alvira, M. García y J. Ibáñez, Eds. Madrid: Alianza Universidad.
- Lassiter, L.E. (2005). *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*. Chicago: University of Chicago Press.
- Leyva, X. y Speed, S. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor. En *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*. X. Leyva et al., Coord. México D.F.: CIESAS-FLACSO.
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. London: Hutchinson.
- Rabinow, P. (2016). What Kind of Being Is Anthropos? The Anthropology of the Contemporary. *Forum: Qualitative Social Research*, 17(1): Art.19.
- Rappaport, J. (2008). Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation. *Collaborative Anthropologies*, 1: 1-31.
- Santos, B.S. (2006). *A gramática do tempo. Para uma nova cultura política*. Oporto: Afrontamento.

- Smith, L.T. (1999). *Decolonizing Methodologies: Research and Indigenous Peoples*. London: Zed Books.
- Vasco Uribe, L.G. (2002). *Entre selva y páramo: viviendo y pensando la lucha india*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Wolf, E. (2001). *Pathways of Power: Building an Anthropology of the Modern World*. Berkeley: University of California Press.